

# "MEIGAS FORA"

Tendré que preguntarle a mi admirado y querido **Alvaro Cunqueiro** si sospecha él qué clase de meigas andan imaginando diabluras y sembrando de brujerías nuestra vida política, y si conoce algún ensalmo o sortilegio para conjurarlas. A lo mejor lo que necesita nuestra democracia es una buena "queimada" y las palabras sacramentales de un conjuro mientras azulean en el aire las llamas del orujo, incendiado. O a lo mejor quien arregla todo este desaguisado no es don **Fernando Abril Martorell**, que ha irrumpido en el Poder con figura de representante de pompas fúnebres, sino algún misterioso y viejo arte de desencantamiento que se sepa el gitano diputado **Juan de Dios Rodríguez Heredia**. Porque está visto que nos ha echado el mal de ojo algún hechicero de la tribu o estamos siendo víctimas del retorno de los brujos.

¡Vaya una semana que nos han dado las brujas o los duendes, o el mismísimo demonio que se nos haya metido en el cuerpo! Monseñor **Enrique y Tarancón** ha tenido que tomar el hisopo y comenzar con los exorcismos, y ya nos ha dicho que por ese afán excesivo de no caer en la autoridad, a veces represiva, del régimen anterior, estamos celebrando una ceremonia peligrosa de autoridad débil, indecisa y desfalleciente. La verdad es que ya nos habíamos dado cuenta todos de que por ahí venían muchos de nuestros males, pero ya se sabe que la Iglesia va despacio y nunca tiene prisa en dar el diagnóstico desde la autoridad de su magisterio. Pero la Iglesia siempre termina por reconocer la razón de Galileo y por autorizarnos a creer que la Tierra se mueve. Ya nos ha coitado el padre **Martín Descalzo** que no es verdad eso de que Su Eminencia le recomendara al profesor **Tierno Galván** que se afiliara a la UCD. Para esos recados tan personales, la Iglesia no utiliza nunca a sus Príncipes, sino a sus sacristanes. Y una cosa es que la Iglesia haya renunciado a los viejos instrumentos de la Inquisición, el índice, la excomunión, el anatema y el cristazo, incluso a la Pastoral conjunta, y otra muy distinta que vea, en silencio y contemple en mudez cómo ese terremoto en que los españoles convertimos tantas veces la libertad, hace tambalearse el edificio social. Ellos también entran en la costumbre del voto, y ahí tienen ustedes las votaciones de la Conferencia Episcopal, pero después del voto, a lo de siempre: unos a mandar y los otros a obedecer. Como Dios manda.

Iba diciendo que vaya una semana que nos han traído las brujas o los duendes o el mismísimo demonio. El Gobierno de don **Adolfo Suárez** (reformado, renovado o recompuesto, como ustedes quieran, y todo menos "remodelado" para que no se incomode mi leído **Gonzalo Torrente Ballester**, vigilante del castellano desde su "Torre del Aire") ha sufrido la primera derrota parlamentaria en un Pleno del Congreso. Aquello fue lo de los siete contra Tebas. **Carriño, Felipe González, Joan Reventós, Jordi Pujol, Fraga, Tierno y Arzallus** unidos contra el Gobierno. Y claro, el Gobierno se quedó en minoría. En tan crítica ocasión, el señor **Suárez**, el Noble Héroe, no estaba en su puesto de mando, y todos los cronistas de la transición, los áulicos y los críticos, han vapuleado al señor presidente. El maestro **Augusto Assia**, que además de ver crecer la yerba se ha pasado la vida viendo crecer la democracia allí donde la plantaban, ya había avisado del respeto que se debe al Parlamento. Bueno, pues nada: el señor presidente invadió el hemiciclo con la enormidad indelicada de su ausencia. Entre comparecer ante la Cámara Baja o la Cámara Alta, lo que prefiere el señor presidente es comparecer ante la cámara de la televisión. Y esta vez, ni eso. Por razones generales de justicia y por motivos particulares de amistad, un aprendiz de cronista en Cortes—, cuando tiene que poner algún reparo a la actitud del señor presidente del Gobierno, coge la pluma con capel de fumar. Pero en esta ocasión no tuvo más remedio que decir que hay oportunidades en que el jefe del Gabinete o está sentado en la cabecera del banco azul, o está ya tranquilamente en su casa. El maestro **Augusto Assia** ha dicho de esta crónica mía unas cosas que me han dejado ruborizado y atónito, entre el corro de los notables, pero se ha escandalizado un tanto de que yo haya pedido la dimisión del señor presidente del Gobierno. ¡Ay, maestro, que

no! Mire usted que yo no he pedido la dimisión del señor **Suárez**. La verdad es que yo no he pedido nunca la dimisión de nadie, ni del señor **Suárez** cuando hace novillos parlamentarios los días de examen público; ni del señor **Arespacochaga**, que ha venido a dimitir cuando ya nadie quería que dimitiera; ni de don **Pío Cabanillas**, que se ha metido en ese Ministerio de Cultura para no tomarse ni siquiera la molestia de dimitir; ni de don **Emilio Romero**, que sin él se queda incompleto el país, el paisaje y el paisanaje; ni de don **Marcelino Oreja**, a quien se le ha ocurrido mandar a las selvas de África a una orquesta de virtuosos profesores para que toquen entre los tantanes una fuga de **Bach** en diplomática clave de fa. Aquí, que no dimita nadie, y en todo caso, que esperen a que los echen, como han hecho otros. Por mí, ¡lila el que dimita. Pero, al menos, querido y admirado maestro **Augusto Assia**, que estén como usted y como yo: en el tajo y al pie del cañón. Y para usted todas mis devociones, maestro.

Entre tanto, don **Carlos Marx** y don **Federico Engels**, o sea, don **Enrique Tierno Galván**, que es el único diputado que se los ha leído sabiendo lo que leía, ha redactado el Manifiesto Socialista de 1978. El documento no es para comentarlo a la ligera, y mucho menos por un mal alumno de la asignatura de Historia de las ideas políticas como soy yo. Ya habrá quien desmenuce eso de un socialismo marxista y democrático, y de un marxismo que incorpora otros humanismos, que no se sabe si ahí está incluido el humanismo cristiano, porque de eso no se dice ni palabra, y cómo se le puede encender una vela a la libertad del individuo y otra al estatismo totalitario, y cómo se compadece la democracia con la movilización de las masas y no precisamente ante las urnas. Y es que, mirando el panorama político español a vista de pájaro, y digo lo de pájaro sólo por lo de la pluma, le da a uno la impresión de que aquí ni la derecha, ni el centro ni la izquierda saben a ciencia cierta cómo tienen que cocer la empanada, ni lo que le van a meter en el relleno. En mi tierra se come el "pastel Cierva", que lleva ese nombre en memoria de don Juan, padre del inventor del autogiro y abuelo del autor de los fascículos, y que es un pastel que lleva relleno salado envuelto en pastafiora dulce. Bueno, pues eso. Estamos todos haciendo o inventando el pastel Cierva de las ideologías.

Por si fuera poco, el avión ese de Labacolla ha estado a punto de resolver, por la vía dramática, todos los problemas de la Xunta. Gracias a Dios que el accidente no pasó del susto y de algunos rasguños y magulladuras, y ahí tenemos, vivos y politiquando, a don **Pío Cabanillas**, a don **José Luis Meilán** y a los otros diputados, a quien desde aquí les doy mi enhorabuena, junto a los otros pasajeros, que también son hijos de Dios y herederos de su gloria. Pero convendrán conmigo que andan las meigas de por medio.

Don **José Luis Alvarez** ya es alcalde de Madrid. Parecía que todos estaban deseando que dimitiera el señor **Arespacochaga**, y ahora resulta que ya están viendo en el nombramiento maniobras electorales, que a lo mejor tienen razón, pero que es algo así como muy natural. Don **José Luis Alvarez** fue notario de la Villa y Corte a los veintiocho años, y por oposición, y ahora no le perdonan que sea alcalde por el dedo, que todavía no hemos llegado a lo de los alcaldes democráticos, y don **Torcuato Fernández-Miranda**, duque de lo mismo, ya ha lanzado un torpedo contra el sistema desde la "tercera" de "ABC". El nuevo alcalde no pudo inaugurar el puente del Rey, por mor—como diría un cronista municipal del tiempo del sainete—de las inundaciones. Y ya me dirán si aquí también no han intervenido las brujas.

Y encima de todo esto me entero de que una señorita norteamericana le ha enseñado a hablar a un gorila hembra, y que el animal ha aprendido a manejar, con alguna coherencia, unas doscientas palabras. Pues como a nuestros oradores políticos, encabezados por el señor **Abril Martorell**, empiecen a hacerles la competencia hasta los gorilas, están frescos.

Lo que digo: "meigas fora".

Jaime CAMPANY